

LEVANTAR LA MIRADA Y VER AL COMPAÑERO.

REFLEXIONES SOBRE EL ROL DE LA PRÁCTICA FUTBOLÍSTICA EN UN PROYECTO DE EDUCACIÓN POPULAR CON NIÑXS.

Autores:

Greta Winckler

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y tecnológicas
Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas
gretawinckler@gmail.com

Cita: Greta Winckler. LEVANTAR LA MIRADA Y VER AL COMPAÑERO. REFLEXIONES SOBRE EL ROL DE LA PRÁCTICA FUTBOLÍSTICA EN UN PROYECTO DE EDUCACIÓN POPULAR CON NIÑXS. Vol. 13, N°24, Año 2024. Octubre 2024, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

Este texto fue recibido el 01 de febrero de 2024 y aceptado para su publicación el 01 de mayo de 2024.

Resumen

Este escrito analiza desde una perspectiva etnográfica el rol cumplido por la práctica futbolística dentro de un espacio de Educación Popular autogestivo que trabaja con niños en el sur del conurbano boanerense. A modo de prisma, ese taller deportivo permitió reflexionar sobre las ideas que van construyendo niños y adolescentes sobre las edades y los géneros, los espacios que transitan y su relación con los entornos que les rodean así como sus actores. Por otro lado, la práctica deportiva se presenta como un elemento central en la constitución de vínculos comunitarios que reformulan algunas de estas relaciones adultocéntricas y se presenta como un modo de sociabilizar y habitar espacios por parte de los niños que remodelan viejos estigmas que recaen sobre las infancias pobres urbanas.

Palabras claves: fútbol, niñez, sociabilidad, adultocentrismo, compañerismo.

Abstract

This paper analyzes from an ethnographic perspective the role played by soccer practice within a self-managed Popular Education space that works with children in the south of the Boanerense conurbation. As a prism, this sports workshop allowed us to reflect on the ideas that children and adolescents construct about age and gender, the spaces they move through and their relationship with the environments that surround them as well as their actors. On the other hand, the practice of sports is presented as a central element in the constitution of community bonds that reformulate some of these adult-centered relationships and is presented as a way for children to socialize and inhabit spaces that reshape old stigmas that fall on poor urban childhoods.

Key words: soccer, childhood, sociability, adultcentrism, companionship.

Introducción: mas que un juego

Las prácticas deportivas y los sitios donde se emplazan (sociedades, clubes, entre otro tipo de instituciones) son considerados hace ya tiempo como espacios de sociabilidad, ligados a ciertos valores que se inculcan tanto a nivel individual (en el sujeto que lo practica) como colectivo. Desde los albores del estado moderno en Argentina, por ejemplo, ciertos deportes fueron ligados a esquemas morales deseables o indeseables para “la joven nación”, y fundamentalmente para los hombres, instados a ejercitar ciertos modelos de masculinidad y virilidad (Raiter, 2022). Ideales que se nutrieron incluso de prácticas traídas a este territorio desde otros países, como ocurrió con algunos deportes británicos, entre ellos el fútbol, como parte de una modernización radical que además permitiría ingresar a la Argentina a un circuito (deportivo) global (Archetti, 2005).

En distintos momentos se destacaron algunas disciplinas, así como se eclipsaron otras, de acuerdo a los contextos que el país atravesaba. Por ejemplo, ante inminentes conflictos bélicos con Chile y con Brasil, entre 1890 y 1910 crecieron las sociedades de tiro, confluyendo la práctica recreativa y amateur con una ejercida en distintas instituciones bajo instrucción militar, tanto en los polígonos como en colegios y escuelas. De este modo, el deporte no solamente fortalecía a los cuerpos físicamente, sino que se imbricaba con un deber cívico de los ciudadanos (potenciales soldados). En un contexto de oleadas migratorias en el cambio de siglo, el deporte también jugó un rol importante a la hora de sentar bases para una conciencia nacional argentina: “lo nacional” se construía en base a prácticas corporales, tanto individuales como de conjunto, que daban lugar a los llamados “estilos nacionales”. De este modo el deporte se volvía un espejo donde verse y desde donde ser mirado (Archetti, 2005).

Tempranamente, Marcel Mauss (1996 [1934]) identificó el triple anidamiento psicológico, biológico y social de las llamadas “técnicas corporales”. Los hábitos corporales se educan, de acuerdo a la pertenencia de clase, a las modas, a los contextos sociales y sus prácticas legitimadas con un mayor o menor prestigio. Autores contemporáneos han retomado su propuesta, llevándola un paso más lejos: estas mismas técnicas son comprendidas como dispositivos normativos que en el mismo movimiento de su operación (socialmente situada) se instituyen a nivel biológico. Es decir, que su normatividad social es indisoluble de su desarrollo en el plano de la vida biológica (Karsenti, 2021: 81). Trabajos etnográficos recientes dan cuenta de cómo la práctica de ciertos deportes no implica sólo el seguimiento de reglas y el desarrollo de saberes específicos, sino la constitución de una determinada subjetividad (Levoratti & Moreira, 2016). Por lo tanto, analizar prácticas deportivas en contextos concretos implica atender a lo que ocurre con los sujetos en un plano individual así como a su inserción dentro de un colectivo mayor.

En este trabajo en particular se recupera la práctica futbolística desarrollada desde 2017 en un espacio de Educación Popular de la zona sur del conurbano bonaerense, que trabaja con niños y adolescentes de un barrio popular periurbano. A partir de lo recabado durante mi trabajo de campo llevado adelante en el marco de mi investigación doctoral antropológica (2018-2023), se propone pensar al Taller de Fútbol de dicho espacio como un prisma privilegiado para analizar cómo se instituyen ciertos lazos comunitarios entre niños y adolescentes, en lo que concierne sobre todo a las diferencias de género y edad.



Al ser este espacio una organización de militancia territorial, el Taller de Fútbol se vuelve un elemento más dentro del repertorio de acción política que este colectivo desarrolla; pero al mismo tiempo, tiene la particularidad de compartir algunos rasgos con otros espacios de sociabilidad que lxs niñxs habitan (la escuela, la cancha de potrero del barrio, algunos clubes y equipos que participan en ligas locales). Ese lugar intermedio lo reviste de especial interés, y refuerza el lazo entre deporte y comunidad, del que las ciencias antropológicas se han comenzado a ocupar recientemente (Besnier et al., 2018).

El Merendero y el Taller: reconstruir su historia

El Merendero y Centro Cultural Les Pibes del Ombú¹ se define como un espacio de Educación Popular con niñxs, que realiza diversos talleres semanales desde el año 2008 en el partido de Almirante Brown (Provincia de Buenos Aires). Allí realicé mi trabajo de campo para mi proyecto de investigación doctoral, pero además en este espacio me desempeñé como educadora desde el momento en que comenzaron a desarrollarse actividades culturales para las infancias (2008-presente). Dentro de una gran variedad de talleres lúdicos, artísticos y deportivos ofrecidos para niñxs de entre 5 y 18 años, se destaca aquí el Taller de Fútbol, iniciado en 2017 y que con distinta intensidad se continuó hasta el momento presente de escritura. Estuvo originalmente a cargo de dos educadorxs, con la singularidad de que uno de ellxs fue el único al que se lo denominó con el mote de “Profe”² en el espacio (al resto de lxs adultxs se les llama directamente por su nombre o apodo).

El Profe se sumó exclusivamente para dictar este taller, dado que había tenido experiencia entrenando equipos infantiles en espacios de fútbol locales y él mismo se había desempeñado como jugador en su adolescencia, llegando a formar parte de la reserva de un club bonaerense de la primera división. Luego de la flexibilización de la cuarentena originada por la pandemia de COVID_19, cuando el Merendero reabrió sus puertas, su participación se tornó irregular y al presente de escritura ya no dicta el taller.

El origen del Taller está vinculado a la práctica de fútbol que lxs niñxs y adolescentes que asisten al Merendero llevaban adelante en otros espacios barriales. Al contar con una cancha de potrero en el centro del barrio, el acceso a jugar se veía facilitado, dado que bastaba con que uno de lxs jugadorxs prestara una pelota. En algunos casos, sobre todo entre adolescentes mayores de 15 años, también existía la posibilidad de juntar dinero y alquilar canchas privadas de Fútbol 5 en los alrededores del barrio. Con el correr de los años, y sobre todo luego de la pandemia, muchxs niñxs pudieron sumarse a clubes y equipos locales, que participan de torneos muy breves. En un caso, incluso, una de las adolescentes comenzó a jugar en una categoría infantil del club Banfield, con un entrenamiento de mayor exigencia.

Si bien se está haciendo referencia al mismo deporte, las características de los partidos varían mucho de acuerdo a los contextos que se habilitan para jugar. La idea de comenzar un Taller dentro del Merendero anidó en el interés que lxs niñxs manifestaban por el fútbol, su facilidad para jugar y la familiaridad con las reglas; pero también se planteó la necesidad

¹ Se lo suele denominar “el Merendero” en el barrio así como entre quienes lo conforman, y se utilizará ese mote para referirse al espacio a partir de ahora.

² Se lo referirá de aquí en más como el Profe.

de establecer otras pautas que revisaran sobre todo actitudes y vínculos entre ellxs que desde el equipo de educadorxs del Merendero se evaluaban de modo negativo. Por ejemplo, la exclusión de jugadorxs de menor edad, quienes eran señaladxs como “demasiado chiquitos” para intervenir en partidos de adolescentes y quedaban relegadxs a la condición de espectadorxs, o podían usar la cancha cuando lxs jóvenes y adultxs la liberaban.³ Asimismo, era usual escuchar insultos ante una jugada fallida (incluso entre miembros de un mismo equipo), lo que se consideraba una falta de compañerismo.

Un punto de inflexión fue el hecho de que la educadora que dictó el taller junto al Profe comenzó a desempeñarse como instructora de gimnasio en la zona. A partir de su práctica profesional, propuso realizar rutinas de actividad física con lxs niñxs y adolescentes, que podrían efectuarse antes de jugar partidos en el Merendero, para mejorar su performance pero también para establecer una serie de cuidados respecto del propio cuerpo (cómo entrar en calor, cómo elongar después de jugar, la correcta hidratación, etc.). Por otro lado, esta propuesta se condecía con la mala calidad que se consideraba brindaban las clases de Educación Física en la escuela local, sobre todo en su nivel secundario, dado que lxs adolescentes que asistían a ella no contaban con un predio propio para realizar ejercicios y durante un período prolongado sólo producían tareas teóricas a entregar bajo el formato de Trabajos Prácticos escritos.

Esta educadora también propuso convocar a alguien que pudiera ayudarles a prestar atención a la técnica y a la táctica de juego, para lo que no se sentía particularmente preparada, lo que dio lugar a la convocatoria del Profe “especializado”, quien era su amigo desde hace muchos años y vivía cerca. En este contexto, en 2017 se propone el Taller a niñxs y adolescentes de diversas edades, quienes aceptan y comienzan a entrenar los sábados en el espacio abierto que tiene el Merendero. En algunas ocasiones, se utilizó la cancha de potrero, pero muchxs de lxs adolescentes manifestaban su preferencia por quedarse en el espacio del Merendero, pese a que es más reducido, ya que en la cancha abierta se podrían sumar otras personas que no eran del Taller, lo cual les ponía nerviosxs, porque quedaban expuestxs a la mirada pública del barrio (incluyendo adultos varones que solían jugar en la cancha también).

³ Esto suscitaba numerosas quejas de adolescentes de entre 12 y 14 años en aquel momento (2017).



Figura 1: fotografía del Taller de Fútbol, 2018. Fotografía de Les Pibes del Ombú.

Normalmente, los talleres del Merendero de una misma temática solían durar uno o dos meses. Sin embargo, el Taller de Fútbol se extendió mucho más allá de ese plazo, y pasó a tener una gran centralidad en la organización de toda la jornada. Su inusitada extensión en el tiempo no fue la única novedad que impulsó este Taller. La diversidad de edades que participaban lo diferenciaba de los otros talleres, que se hallaban mucho más segmentados, sobre todo cuando involucraban prácticas de lectura y escritura, algo que resulta habitual de hecho en espacios lúdicos y recreativos para niñeces (Duek & Enriz, 2011). Por el contrario, en el Taller de Fútbol, participaban niñxs de entre 7 y 18 años, lo que conformaba uno de los grandes desafíos a sortear. Lxs adolescentes (y sobre todo los varones), “jugaban fuerte”, por lo que la presencia de niñxs más pequeñxs requería de un mayor control de la fuerza y una cierta disposición generosa a acompañar a lxs más jóvenes en su entrenamiento. Esta muestra de “paciencia” no siempre fue exitosa, dado que los adolescentes sentían que tenían que “resignar” su talento y su capacidad para que lxs más jóvenes pudieran participar. Es decir, estaban reproduciendo lo mismo que sentían como excluyente en la cancha de potrero del barrio, cuando jugadores mayores los dejaban de lado.

El Taller de Fútbol en este sentido es un espacio interesante para pensar las violencias ligadas a las diferencias de edad y cómo se comprenden las distintas etapas de la vida. En las últimas décadas, se han realizado diversos estudios que señalaron el carácter adultocéntrico de nuestras sociedades (Liebel, 2020; Morales & Magistris, 2018; Morales & Shabel, 2021; Szulc, 2006; Szulc et al., 2023). Este sistema de dominación delimita de

acuerdo a la conceptualización existente sobre las edades que puede hacer cada sujeto: se establecen así accesos y clausuras a ciertos bienes o la posibilidad de tomar decisiones, de acuerdo a la posición que se ocupe en la estructura social. Del adultocentrismo se desprende una forma de segregación que silencia a lxs niñxs, y que recibe el nombre de “adultismo”, que implica un tipo de violencia simbólica, económica y también, en su forma más extrema y directa, física (Morales & Magistris, 2023).

Este modelo tiene en su centro al sujeto adulto masculino de la modernidad occidental, y opera como un dispositivo ordenador de las atribuciones que le caben a quienes circundan a ese adulto/hombre, con distintos niveles de acceso a recursos y espacios. Por ejemplo, cuando los hombres adultos juegan en la cancha pública del barrio, los adolescentes varones se ordenan en torno a aquéllos aceptando el lugar que que decidan brindarles, y las adolescentes suelen ser excluidas, al igual que lxs niñxs de menor edad (sean niños o niñas). Ahora bien, en el Merendero, donde se apela a la integración de todxs quienes quieran jugar, existen momentos en el que lxs adolescentes, sobre todo los varones, también intentan ordenar el juego y en muchos casos esto implica dejar de lado a lxs niñxs pequeñxs, que “no saben jugar bien” o pueden lastimarse (porque son vistos como frágiles). Ante la ausencia de esos adultos, toman su lugar en la jerarquía los adolescentes varones y en menor medida las adolescentes. A este tipo de situaciones que pueden propiciar la exclusión de algunxs niñxs es a la que lxs educadorxs prestan especial atención e intentan regular.

La estrategia de lxs educadorxs se basó en dos elementos centrales: primero, la firma de lo que se llamó un “contrato pedagógico”; y segundo, la propuesta hacia lxs adolescentes de más edad de entrenar a lxs niñxs más pequeñxs para transmitirles conocimientos, acercándose así a la figura de los “profes”. En el primer caso, el “contrato” se pensó a medio camino entre la herramienta pedagógica escolar conocida de ese modo y que apela a una cierta negociación de “los contenidos curriculares” entre alumnx y profesores (Castillo & Colmenares, 2017); y, por otro lado, los contratos profesionales que firman normalmente lxs deportistas. De este modo, esta herramienta reforzaba la pertenencia del Taller a un proyecto formativo y educativo como es el Merendero (a diferencia de lo que ocurría en el barrio o incluso en los torneos de clubes), pero también recuperaba una práctica que a lxs niñxs y adolescentes les generaba ilusión, ya que varix de ellxs en diversas oportunidades manifestaron su deseo de ser jugadorxs profesionales.

En el contrato, que se firmó más de una vez a lo largo de los años del Taller, se establecían ciertas reglas de convivencia, que iban desde el compromiso a no insultarse entre sí y la discusión sobre lo que significa ser “buen compañero”; a la necesidad de dejar preparado el suministro de agua fresca para todo el equipo antes de comenzar la práctica deportiva. Por lo tanto, no solamente las reglas tenían que ver con lo que ocurría en la cancha, sino también antes y después. Por ejemplo, uno de los ítems presentaba como condición indispensable para participar de los partidos la realización de una entrada en calor y elongación. En los primeros años del Taller, esto fue novedoso, dado que la mayoría de lxs niñxs no concurrían a prácticas en clubes y no realizaban estos ejercicios en otros ámbitos (ni siquiera en la escuela). Por lo que les resultaban extraños y llevó mucho tiempo sistematizar estos momentos pre- y pos-partido, incluso al día de hoy, dado que algunxs niñxs aún se quejan cuando tienen que hacer la entrada en calor. Vale aclarar que también hay otro grupo de niñxs que precisamente disfrutan de tener un entrenamiento más

ordenado donde aprenden cosas, dado que jugar pueden hacerlo en otros lados, pero tener alguien que oficie de técnico no necesariamente les ocurre a todxs.⁴



Figura 2: el señalamiento de que a veces cuesta realizar los ejercicios de entrenamiento es usual entre lxs miembros del Merendero.

Otro elemento que para una porción del Taller resultaba novedoso fue el juego mixto, dado que salvo contados casos, la mayoría de los varones de más edad no tenía experiencia en compartir la cancha con niñas y adolescentes mujeres al principio. Sin embargo, la integración no presentó inconvenientes puesto que rápidamente se consideró que las jugadoras rendían de igual modo que los varones. Es decir, el talento y la buena técnica hicieron que la diferencia “chicos/chicas” pasara a un segundo plano rápidamente, algo que no ocurrió con la diferencia de edad, que aún al día de hoy requiere de una regulación adulta para que se concrete. Sin ir más lejos, la propuesta de que lxs adolescentes puedan estar a la par de lxs educadorxs del Taller acompañando a lxs más jóvenes fue un rotundo fracaso. De hecho, lxs adolescentes solicitaron que exista un momento del Taller donde ellxs puedan tener su partido propio, esto es, con paridad etaria, para poder jugar plenamente y no tener que contenerse para no lastimar a lxs niñxs más pequeñxs, algo que fue aceptado por lxs educadorxs con la condición de que esxs mismxs niñxs más chicxs cuenten con una instancia similar.

El hecho de que el juego mixto en cuanto al género fuera rápidamente aceptado se vio reforzado en los años subsiguientes por una mayor amplitud de los clubes barriales a contar con equipos mixtos, algo que antes de la pandemia era poco frecuente. Relatos sobre entrenadores que realizaban comentarios sexistas eran usuales entre los pocos niños que solían ir a entrenar pagando una cuota en algún club pequeño de cercanía (por ejemplo,

⁴ Entrevista grupal, 24 de agosto de 2019.

“jugar como nena” era una expresión usual, con un fuerte tinte peyorativo⁵). Pero hace por lo menos dos años, lxs adolescentes que forman parte del Merendero fueron participando en distintos equipos locales (a veces bajo el formato de club tradicional y en otros casos como equipos que participan en breves torneos a los que se anotan pagando una inscripción que dura unas pocas fechas), en los que la práctica mixta fue cada vez más común, si bien existen instancias de entrenamiento diferenciado. En el caso de los clubes más grandes, los torneos no son mixtos, pero solamente una de las niñas participa en una institución de estas características, por fuera del partido de Almirante Brown.

El fútbol como expresión merendera

En el año 2019, se produjeron en el Merendero dos eventos de importancia: la redacción de un libro propio (*Soy el Merendero*, Figura 3) y la confección de una muestra fotográfica que marcaría el inicio de un camino duradero en la producción cultural del espacio. Para ambos, se realizó una historización del Merendero y sus talleres, en la que el Taller de Fútbol ocupó un rol central. Se llevó adelante una serie de entrevistas colectivas con quienes eran parte del equipo (diez niñas y adolescentes, y el Profe), recuperando su historia deportiva personal y pidiéndoles que definieran qué caracterizaba a la práctica futbolística del Merendero en comparación con otros espacios donde ellxs jugaban. En la mayoría de los casos, la distinción que más se remarcó fue que en el Merendero “hay que jugar entre todos”, “hay que integrar” y sobre todo, “jugar a los pases y mirar al compañero”. Si bien con los clubes se compartía la característica de “tener mayor disciplina” y “el deber de respetar más normas”, el mayor contraste era con la cancha de potrero: “en el barrio vale todo”.

⁵ Conversación personal con uno de los niños que jugaba en aquel momento en un flamante club del barrio, años después de que esa situación sucediera, 13 nov. 2021. Su hermana actualmente es quien juega en el Club Banfield.

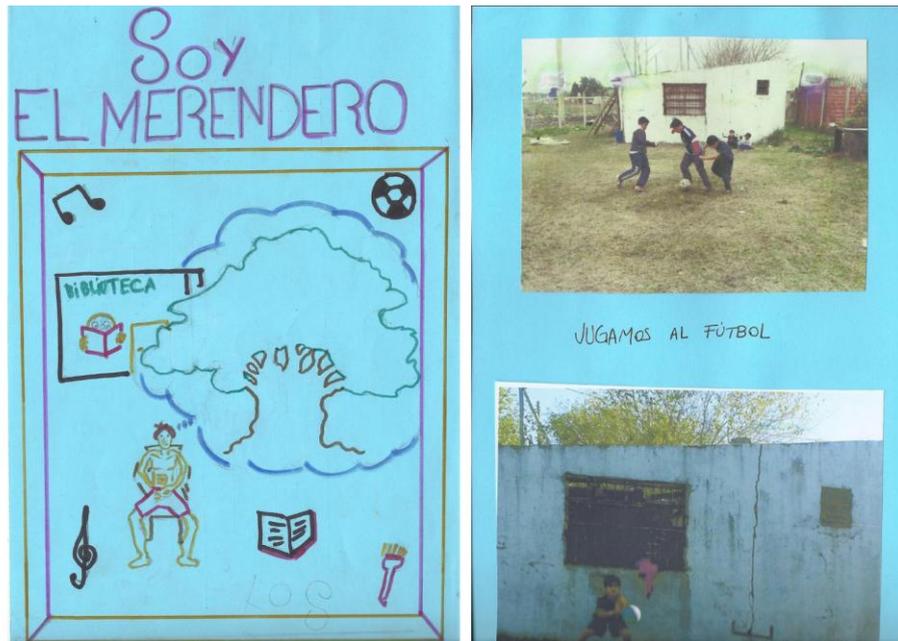


Figura 3: libro *Soy el Merendero* (2019). Portada y página interna donde se ve a los niños jugando al fútbol.

Este ordenamiento implica, de acuerdo a lxs chicxs, más “exigencia” física y mayor precisión en la técnica, pero también abrirle el juego a otros actores que en los clubes o en la cancha de barrio no tenían lugar, como vimos con el caso de las chicas. En aquella entrevista de 2019, los adolescentes varones remarcaron que al principio les costó asimilar la idea de un fútbol mixto, aunque con el correr del tiempo y del Taller se fue volviendo una práctica cotidiana y hasta deseada: “cuando entraban las chicas, yo iba re fuerte a propósito, porque no quería...pero ahora estoy esperando que lleguen”, “yo quiero jugar con B. porque ella ataja re bien”, “a un mismo nivel de entrenamiento, jugamos todos igual”.

Por otro lado, frente al “vale todo” del barrio, el Merendero buscaba armar “equipos parejos”, lo que de acuerdo al Profe se medía en torno a las edades, pero sobre todo a las habilidades y condiciones físicas. En las canchas del barrio y en los clubes el factor de la edad juega de otra manera: en el potrero directamente se excluye a lxs más pequeñxs hasta que lxs “grandes” liberan la cancha; y en los clubes y torneos hay categorías de acuerdo al año de nacimiento, o sea que las diferencias etarias se ven aplacadas. Por eso, uno de los elementos que se destaca en las entrevistas es que en el Merendero juegan más actores y eso afecta desde ya el modo de jugar (por ejemplo, la intensidad y la necesidad de hacer pases).

Greta: ¿y qué es diferente de jugar en otros lados a jugar acá [en el Merendero]?

N: no te pasan la pelota

J: acá tenés que jugar más despacio y allá, en la canchita, juegan como quieren...

G: ¿y qué te gusta más a vos?

J: me gusta más acá...porque acá jugamos a los pases.

B: es diferente allá

N: acá juegan los grandes y los chiquitos

Greta: ¿y los grandes decís adultos o pibes?

N: no, los pibes más grandes...que nos sacan a nosotros cuando juegan contra otra canchita. Y nos sacan a nosotros.

Greta: o sea que los dejan afuera...¿y eso acá no pasa?

J y N: no

Greta: ¿y ustedes dejan afuera a alguien cuando juegan?

J: no

N: entran todos⁶

La presencia del Taller de fútbol marcó de distintos modos la identidad del Merendero. Por ejemplo, tuvo un lugar central en la primera muestra fotográfica realizada en 2019 en dos centros culturales de la Ciudad de Buenos Aires, y que hoy forma parte del espacio de exposición propio con el que el Merendero cuenta desde 2022 (Figura 4). También aparece de manera significativa en las publicaciones diarias en las redes sociales del espacio en la que participan niñxs y adultxs⁷, así como en las personales de lxs adolescentes que cuentan con sus propios perfiles y suelen compartir las imágenes de ellxs practicando deporte dentro del Merendero.



Figura 4: espacio de exposición del Merendero. El panel negro de la izquierda responde a la práctica futbolística, 2022. Fotografía de la autora.

⁶ Entrevista realizada con tres niñxs que forman parte del Taller de Fútbol en agosto de 2019: J. (que en ese momento tenía 14 años), B. (una de las chicas del equipo, de 12 años) y N. (de 10 años). El adolescente mayor hoy no participa ya del Merendero, mientras que lxs otrxs dos forman parte del Taller Misterioso de Adolescentes (2022-2024).

⁷ En estos posteos se suele resguardar las identidades de lxs niñxs, aún cuando ellxs participan de la confección de contenidos, iniciada en 2011.

Para las muestras iniciales se recuperaron alrededor de 300 imágenes, compuestas por las fotografías realizadas a lo largo de los años de funcionamiento de la organización almacenadas sobre todo en su perfil de Facebook; así como por algunas específicas realizadas para la ocasión.⁸ Se montaron siete paneles de fotografías, textos y una serie de dibujos realizados por lxs niñxs y adolescentes en sus talleres, dando lugar a una muestra itinerante presentada posteriormente en distintos espacios, incluyendo experiencias digitales.⁹ De los tres paneles que al momento de escritura se encuentran exhibidos en el Merendero, uno se dedica exclusivamente a la práctica de fútbol (Figura 5).



Figura 5: panel sobre la práctica de fútbol de la primera muestra fotográfica del Merendero, 2019. Fotografía de la autora.

⁸ En este caso, se invitó a la antropóloga y fotógrafa canaria Belma Hernandez-Francés León, quien tomó varias de las fotografías que forman parte de la Muestra desde 2019.

⁹ Por ejemplo, la Muestra de Organizaciones Culturales y Comunitarias Autogestivas, que se organiza desde hace más de 15 años, en la que el Merendero participó presencialmente en 2019 y 2023 (en Burxaco y Claypole respectivamente, PBA) y virtualmente en 2020 y 2021.

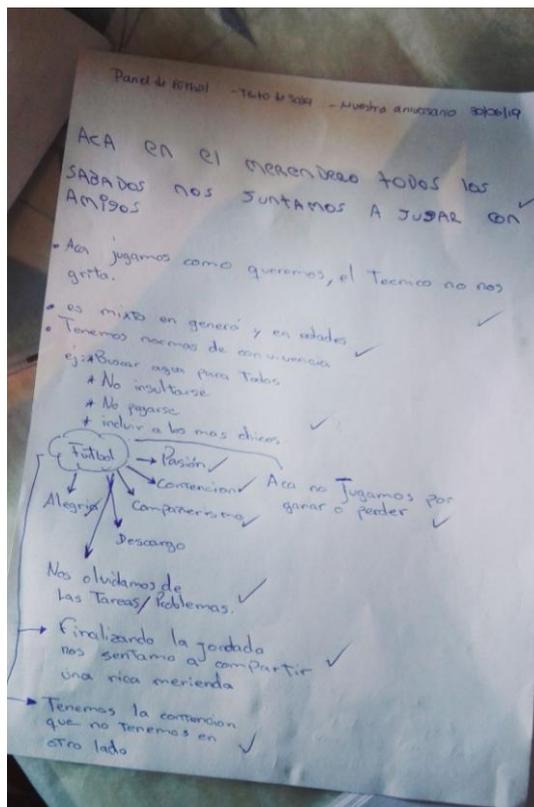


Figura 6: Planificación de los textos que se usarían para la segunda edición de la muestra en 2019, CABA. Fotografía de Les Pibes del Ombú.

Por otro lado, en el año 2022, el equipo de fútbol del Merendero se presentó al concurso “Comunidad y Cultura Sustentable”, organizado por la Autoridad de Cuenca Matanza Riachuelo y la Universidad de Lanús (Buenos Aires), para premiar iniciativas que apuntalaran un concepto de “salud comunitaria”.¹⁰ El proyecto fue seleccionado y el premio resultó en la creación de una camiseta de fútbol, que si bien tenía un formato predeterminado por el concurso, solicitaba a las organizaciones que enviaran el logo a estampar. Eso requirió que el equipo de fútbol diseñara un único escudo, aceptado por todos. Previamente, se había diseñado una serie de escudos diversos que coexistían, como parte de las actividades del Taller de Fútbol, que incluso fueron convertidos en stickers para repartir en eventos públicos (las muestras, por ejemplo, o jornadas compartidas con otras organizaciones barriales con las que el Merendero mantiene relaciones cercanas). Pero a partir de la confección de las camisetas, se sostuvo un único logo, realizado digitalmente y que ya no le perteneció sólo al Taller, sino que se volvió el logo de toda la organización. En él se modificó el artículo “los” por “les”, a insistencia de las adolescentes, algo que fue

¹⁰ Comunicación realizada al respecto por el Merendero en <https://www.instagram.com/p/CehpEtyuY-2/> (consultado 5 feb. 2024)

aceptado por todxs (Figura 7). El juego mixto, podría aventurarse, habilitó este tipo de modificaciones y charlas a nivel global.¹¹



Figura 7: el escudo diseñado para la remera del equipo (derecha) se volvió el logo de todo el Merendero (izquierda), 2022. Fotografías de la autora.

La relación entre salud comunitaria y deporte es de larga data, como puede apreciarse desde las prácticas higienistas de principio de siglo, hasta la instauración de experiencias como los Juegos Infantiles “Evita” iniciados en el gobierno de Juan Domingo Perón en 1948. En ellos subyacía un cariz moral en el que el deporte -y con mayor peso el de conjunto- iba a la par de la formación ciudadana. En el caso de las competencias nacidas durante los primeros dos gobiernos peronistas (y que aún existen hoy), no se trataba solamente de gestas deportivas sino que garantizaban otro tipo de accesos a quienes participaban, por ejemplo chequeos médicos completos o posibilidades de viajar en el marco de los torneos. Pero además, ese cuerpo ejercitado y sano no era solamente el del atleta-niño individual, sino que representaba al propio cuerpo de la nación, en formación. La relación entre “gobernar, fortalecer y ejercitar a un país” se aúnan, y se encarnan en estos cuerpos jóvenes, cuyos destinos eran indisolubles del destino de la nación (Pons, 2010: 52).

Además, el campo deportivo se contraponía a otros espacios no reglados, como los potreros o incluso sitios que eran considerados negativamente para las infancias (el billar por ejemplo), ordenando el tiempo libre de las niñeces. Este concepto no nace en el peronismo, pero amplía algunos repertorios existentes. La propia Unión de Estudiantes Secundarios, nacida en 1953, tiene un fuerte énfasis en la práctica deportiva, y no tanto en

¹¹ Hubo un solo taller en el Merendero que sostuvo explícitamente una agenda relacionada a las desigualdades de género, realizado sólo con un grupo de niñas y preadolescentes en 2016 (Taller Corazón Valiente), que se desintegró ante la mudanza de la mayoría de ellas con sus familias a la Capital.

el accionar político más tradicional. El cuerpo deportista se unifica además con el cuerpo del obrero, y se vuelven ambos cuerpos nacionalizados, confluyendo aquí las edades.

En el caso Merendero la relación con el deporte hay que pensarla también en términos colectivos y de cuidado del cuerpo, pero no para “forjar” un futuro nacional, sino como parte de la construcción de lo común cotidiano. Esto implica también establecer ciertas reglas que lo diferencian de espacios como el potrero, donde a veces priman conductas que desde el Merendero son calificadas como antideportivas, y que carecen de los cuidados físicos oportunos (la hidratación, la elongación, etc). Pero también en este espacio de “lo común”, el Taller habilitó el tratamiento de ciertos tópicos que excedían la práctica futbolística, como ocurrió respecto de la relación varones-mujeres y la charla sobre la modificación del artículo en el nombre mismo de la organización.

Con el correr de los años, este Taller se volvió un espacio de sociabilidad específico dentro del propio Merendero. Entre 2017 y el presente, lxs niñxs pequeñxs que formaban parte del Taller fueron creciendo en paralelo al desarrollo de aquél (siendo hoy adolescentes) y en paralelo también a los cambios que tanto el barrio como el propio espacio de trabajo fueron sufriendo. De los adolescentes originales (hoy jóvenes adultos), apenas participa esporádicamente alguno, cuando pasa a saludar, o si el Taller juega un partido en la cancha de potrero, que queda al lado de la flamante plaza del barrio (creada en 2021 a unos 200 metros del Merendero). Por otro lado, lxs nuevxs niñxs más pequeñxs que se sumaron encontraron lugar en otros talleres específicamente pensados para ellxs y de vez en cuando participan del Taller de Fútbol, en alguna jornada de entrenamiento compartida o en algún partido. Dado que actualmente sólo se encuentra frente al Taller una educadora, que suele llegar hacia el final de la jornada por cuestiones familiares, lxs niñxs de menor edad ya están tomando la merienda para ese momento y preparándose para ir a sus casas, mientras que lxs adolescentes, más autónomxs, pueden quedarse un rato más y disponer del espacio para hacer actividad física. Así, el Taller de Fútbol actualmente ha quedado en manos de lxs adolescentes.

Si bien esto puede leerse como un posible “fracaso” en la creación de un espacio de edades mixto, también le permitió al Merendero lograr algo que en sus 16 años de trabajo había resultado dificultoso: sostener un espacio de trabajo con adolescentes estable en el tiempo. Normalmente, cuando lxs niñxs llegan a la adolescencia, comienzan a abandonar los espacios comunitarios como el Merendero, por diversos motivos: porque se mudan de barrio (por ejemplo, si forman una nueva pareja y se “juntan”); porque comienzan a trabajar los días sábados o empiezan a realizar otras actividades en sus tiempos de ocio (pasan más tiempos con sus novixs, o incluso prefieren quedarse en sus casas jugando videojuegos); y finalmente porque sienten que los talleres son para niñxs de menor edad y no logran encontrar un espacio donde sentirse a gusto.

Pero en el caso del Taller de Fútbol, la conformación de un grupo que creció conjuntamente dio como resultado una apropiación del Taller, en el que además ahora son “lxs más grandes”, donde negocian incluso entre ellxs pautas de trabajo. Esta fortaleza del grupo conllevó la creación de un taller nuevo a la par, operativo desde 2022, que comparte público con el Taller de Fútbol: el Taller Misterioso de Adolescentes. Es difícil separar la práctica de estos dos talleres en el presente, sobre todo a partir del segundo año de existencia de éste último. Desde fines de 2022, pero sobre todo en 2023, se desarrolló un trabajo anual en el cual se abordaron distintos materiales que entrecruzaban la práctica deportiva con otras expresiones artísticas. Por ejemplo, se leyeron libros o historias que

tuvieran en su centro a la disciplina (*Pelota de cascabel*, que cuenta la historia de Silvio Velo, el ex capitán de la selección de fútbol para ciegos de Argentina; *Soy un estadio*, que cuenta las vicisitudes de una cancha de fútbol en primera persona; y el famoso cuento del autor rosarino Roberto Fontanarrosa, “Viejo con árbol” en el que el fútbol es tratado como una rama más de la actividad artística), se crearon pósters y videos explicando algunos conceptos relativos al reglamento del fútbol y se hizo un seguimiento de los mundiales jugados por los distintos seleccionados argentinos, con especial énfasis en la Copa Mundial Femenina de Fútbol (Australia/Nueva Zelanda, 2023).

Este segundo Taller, si bien tiene agenda propia y otra educadora al frente, recupera diversas reflexiones que nacen del Taller de Fútbol, así como conocimientos de la práctica deportiva que lxs adolescentes fueron construyendo en todos los espacios donde se ejercitan. De este modo, se realizan videos explicativos de jugadas posibles, o se explican las distintas modalidades existentes de torneos y estilos de juego. Un punto importante radicó en el conocimiento de las jugadoras argentinas de fútbol, dado que si bien las niñas y adolescentes del barrio cada vez juegan en más espacios, el visionado de las selecciones y ligas femeninas es prácticamente inexistente. Antes del taller, solamente una de las niñas podía nombrar a una jugadora del seleccionado (precisamente, quien juega en el conjunto infantil femenino de Banfield).

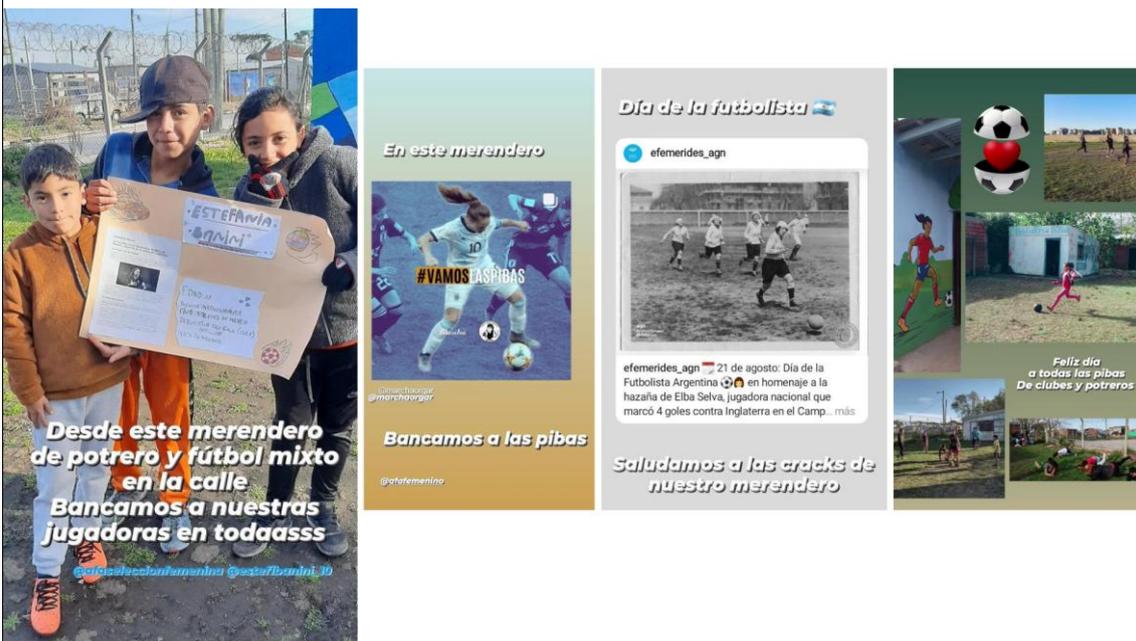


Figura 8: producciones del Taller vinculadas a la práctica de fútbol femenino, 2023.

Esto va en concomitancia con lo que propone Alexandre Fernandez Vaz: que las niñas jueguen al fútbol en ciertos espacios no significa automáticamente que se haya *tematizado* la desigualdad de acceso o los preconceptos que hay respecto del rol que las mujeres cumplen en las competencias deportivas (2015: 138). Por ejemplo, si bien los varones del Merendero hace ya varios años que juegan al fútbol de “igual a igual” con las niñas y manifiestan disfrutarlo; cuando hablan de fútbol profesional femenino lo hacen desde el prejuicio, dado que afirman que no juegan tan bien como los hombres de la selección

mayor, aún cuando no hayan visto ni un solo partido. Las adolescentes, por su parte, si bien no esgrimen esa opinión, desconocen totalmente cómo se organizan los torneos femeninos, la desigualdad de recursos puestos en comparación con aquéllos de los hombres y los clubes que se encuentran mejor posicionados en la liga argentina. Además, ninguna mira fútbol femenino en los medios, ni tiene una jugadora “idola” (las referencias siguen siendo masculinas).

En esta dirección de “tematizar” la práctica de fútbol, durante el año 2023 se realizó una actividad de mapeo de los espacios barriales del partido de Almirante Brown en los que se jugara ese deporte. A partir del trabajo con el libro editado por el municipio *Brown. Una historia compartida* (Pigna et al., 2022), que recoge testimonios de vecinxs “históricxs” de la zona (todos adultxs, no hay palabras de niñxs), se fue trazando un recorrido de antiguos clubes y sociedades de fomento, algunas de los cuales aún existen, para generar un mapa (tanto en papel como en su versión digital) de estos espacios. Lxs adolescentes iban añadiendo nombres de equipos que conocían por haber jugado allí o haber rivalizado en alguna competencia contra ellos, y así se le dio forma a la exposición itinerante llamada “El arte del potrero”, que fue presentada en la Muestra de Organizaciones Comunitarias y Culturales Autogestionadas (MOCCA)¹² en Claypole (PBA) a fines del 2023.



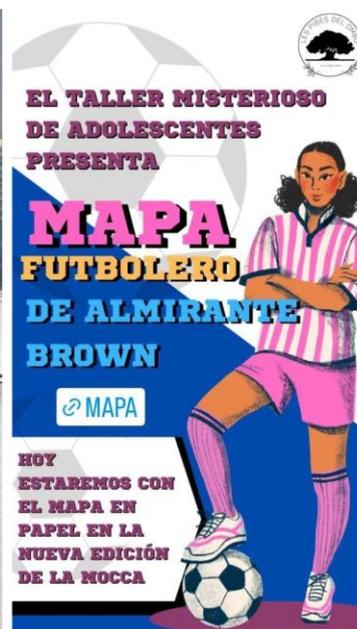
Figura 9: Confección final del mapa futbolero en el Taller, 2023. Fotografía de la autora.

12 Este evento autogestivo se lleva adelante en el distrito desde 2010, y en el caso del Merendero, es la segunda participación presencial. Ver: <https://www.lamocca.com.ar> (consultada 6 feb. 2024).



Figura 10: Exposición del Taller Misterioso de Adolescentes en la edición 2023 de la MOCCA, Claypole. Fotografía de la autora.

En esta muestra se recuperó el trabajo de todo el año del Taller de Adolescentes (solapado con el de Fútbol), que incluyó también varias publicaciones *online*, la generación de una trivía (digital pero también en papel) sobre datos del distrito y la confección de volantes para repartir el día del evento en Claypole.





Figuras 11 y 12: material producido por el Taller Misterioso de Adolescentes para la muestra “El arte del potrero”, 2023.

En el folleto que se repartió (Figura 13), el grupo de adolescentes del Taller escribió las siguientes palabras:

“Alegría, emoción, miedo al pelotazo, enojo si perdemos, compañerismo. Eso es el fútbol para nosotros. Es una pasión, algo que amamos mucho. Es un arte, como en el cuento que leímos en nuestro Taller. Es también una historia: el fútbol nos acompaña desde niños, así que es también la historia de nuestra vida y parte de nuestra memoria. Es una tradición: lo hacemos todas las semanas, con nuestros cánticos, colores, banderas. Cada club tiene lo suyo. En el Merendero, jugamos fútbol mixto, con amigos, algunos a los que conocemos mucho, sabemos cómo juegan, podemos anticiparnos. A otros los conocemos en los clubes. O en el potrero, en la calle, donde fueron nuestros primeros pelotazos. Por todo esto, este año decidimos hacer una muestra sobre el fútbol en nuestro partido, Almirante Brown.”



Figura 13: el folleto, 2023.

La idea de que el fútbol sea visto por lxs adolescentes del Taller como la historia de sus vidas y al mismo tiempo una tradición que reconocen como propia hace de este deporte algo más que un juego libre para pasar el rato. En la entrevista colectiva de 2019, se plantearon dos puntos más de interés vinculados a esta dimensión vital del deporte. Uno, propuesto por el Profe de aquel momento es que en el fútbol “se conocen nuevas amistades”; y el segundo, dicho por uno de los adolescentes que hoy ya no forma parte del equipo, es que “el fútbol te entretiene de la calle”.

Jugar entre amigxs es uno de los elementos característicos del Taller de Fútbol. Esto tiene diversas implicancias. En primer lugar, si alguien que no es del grupo un sábado ocasionalmente se acerca a participar, todxs están atentxs a ver si se respetan las reglas establecidas. Por ejemplo, en una ocasión se aproximaron a jugar unos adolescentes mayores que no forman parte del Merendero -aunque se conocen del barrio con los demás chicxs- y se negaron a jugar con las chicas del Taller. Ante esa situación, un adolescente que hace muchos años forma parte del espacio les dijo que ahí jugaban todos, y si querían quedarse tenían que respetar eso. También ocurrió en las fechas cercanas a la firma del contrato pedagógico que si algún miembro del Taller por alguna circunstancia personal ese día había faltado, era impelido por parte de los otrxs jugadorxs a firmarlo, como lo habían hecho todxs lxs demás.¹³

¹³ Observaciones realizadas durante el mes que se hicieron las entrevistas colectivas, agosto de 2019.

Pero además, jugar entre amigxs tiene que ver con el grado de exposición que cada adolescente o niñxs se permite. Como sostuvo uno de lxs adolescentes mayores, jugar en el potrero o en un club con desconocidxs le genera nerviosismo y prefiere evitarlo. También el juego en el Merendero lxs ampara respecto a otras presiones, como ocurre con los padres y las madres en los clubes. “Te gritan tantas cosas a la vez que no sabés qué hacer”, comentaba uno de lxs jugadorxs, a lo que el Profe añadió: “en el club, todos se vuelven técnicos”.

Hay otro concepto clave que emerge de aquella serie de entrevistas grupales del año 2019, arrojado por A., quien en ese momento tenía 8 años, y que da título a este escrito. Cuando se le pregunta por lo que caracteriza el juego en el Merendero, ella dice: “hay que levantar la cabeza, mirar a tus compañeros y pasarla”. Si esta frase se contrasta con aquella de C., el adolescente que se pone nervioso frente a la mirada de actores desconocidos (sobre todo adultos) tanto en el potrero como en los clubes, se puede comenzar a vislumbrar a la práctica futbolística como un espacio donde la *mirada* ocupa un lugar fundamental. No se trata de “quedar expuesto” (ante la vista de un Otro que podría juzgarnos), sino de *mirar* al compañero. Esto puede pensarse en términos literales (necesitamos ver a quien juega con nosotrxs para efectuar un buen pase) pero también sirve para enmarcar la práctica deportiva en la que lxs niñxs y adolescentes *reconocen* a un otro, que es efectivamente *su compañerx*, y con quien se entabla una relación de confianza así como de identificación. Quién juega mejor en qué posición o qué habilidades se destacan para cada jugador/a implica conocer a quien está a nuestro lado así como re-conocer algo valioso en su performance (o incluso algo criticable y a modificar).

Si los modelos deportivos del siglo XX apuntaron sobre todo a la idea de conformar ciudadanos bajo la mirada del Estado en sus múltiples instituciones; podríamos pensar una suerte de desplazamiento en las prácticas futbolísticas de espacios como el Merendero. Lo que instituye es la mirada del compañero/a. Pero para poder verlx, hay que levantar la cabeza, es decir, desensimismarse, y mirar. A su vez, lo común no apela aquí ni a un deber cívico, ni siquiera a un rol ciudadano pensado para las infancias, sino a la gestión del lazo de compañerismo que tiene sus propios resortes y rasgos.

Además el término de “compañerx” es la palabra que define a lxs educadorxs adultxs y el lazo entre ellxs así como con organizaciones afines (organizaciones “compañeras” o “amigas”). El juego dentro de la cancha puede crear amistades, pero también es una marca de compañerismo, términos que hacen a la identidad de estos espacios autogestivos. De hecho, cuando lxs adolescentes sugieren invitar o hacer una actividad conjunta con otro espacio zonal, siempre se propone un partido de fútbol, actividad que funciona como marca del espacio y en particular de lxs adolescentes. Cuando se sale a hacer algún recorrido fuera del barrio (por ejemplo, un paseo) se lleva siempre una pelota por si se da la posibilidad de jugar, ya sea entre ellxs o con quienes estén allí ese día. De este modo, la práctica futbolística coincide con una forma que encontraron estxs niñxs y adolescentes de habitar espacios, sea en el propio barrio como en otros ámbitos.

Aquí entra a jugar la segunda idea surgida en la entrevista de “entretenerse de la calle”, que es un tópico recurrente entre lxs adolescentes del barrio y sus familias, y que refiere a una vieja concepción que recae sobre las niñeces pobres (sobre todo los varones): el vagabundeo. Leandro Stagno (2019) estudió la “cultura juvenil callejera” que tanto preocupó a las autoridades municipales a principios del siglo XX. La calle se presentaba como un espacio para los adolescentes donde ganar autonomía y fortalecer un modelo de

virilidad a través de la riña, la fuerza, la resistencia y la competencia. Molesta para lxs vecinxs, la presencia de esos muchachos que estaban abandonando la niñez (en el orden callejero) implicaba una ruptura de la cotidianeidad, pero también la creación de nuevos lazos entre ellos, de alianzas y hasta de amistad o camaradería.

Sin embargo, la visión estigmatizante que recae sobre ese “estar en la calle” prima, y pervive hasta nuestros días, expresándose en conceptos como “la mala junta” o incluso la propia palabra de “vagabundear”. Pasar tiempo en la calle implica no estar en otros espacios vistos como “más sanos” o propios de las infancias (la casa, la escuela, la iglesia incluso), de acuerdo con el modelo hegemónico que moldeó las expectativas que la sociedad tiene respecto de lxs niñxs (Cordero Arce, 2013). Cuando C. hablaba de la calle, se refería a que allí se hallaba expuesto a juntarse con otros jóvenes con quienes podría cometer actos que no eran positivos ni para él ni desde la óptica de lxs vecinxs del barrio. La calle como “corruptora” de los muchachos sigue siendo una imagen operativa en el presente, asociada a un paisaje urbano decadente, propio de las periferias de las grandes urbes latinoamericanas (Carreras, 2005). El “mero estar” en la calle, sin propósito ni orden alguno, sigue siendo un *topos* característico de los discursos que aluden a la vida de las niñeces pobres, que no acceden a experiencias de ocio disciplinadas como las clases medias y altas, atareadas con múltiples actividades periescolares que organizan sus tiempos y rutinas (así como las de sus familias) y los espacios que pueden/deben habitar (Vincent et al., 2008). De alguna manera, al menos desde la óptica de lxs niñxs y adolescentes del Taller (y en gran medida del Profe), la práctica de fútbol emerge como un refugio, en el que se transforma la “mala junta” en una relación de amistad y compañerismo.

A modo de cierre: a rodar, mi vida

El Taller de Fútbol expuesto en este trabajo presenta un recorrido espiralado. Sus inicios se vinculan a una práctica y un deporte que lxs niñxs y adolescentes del barrio ya conocían y amaban hacer; pero que fue modificando sus prácticas y estrategias a medida que se insertó dentro de los repertorios del Merendero, entendido como un centro cultural y de Educación Popular. Si bien nunca dejó de tener una veta competitiva y técnica, el Taller también incorporó otros matices que exceden la práctica deportiva y que hacen referencia a la especificidad de su inclusión en un espacio como Les Pibes del Ombú: reconocerse como grupo en primer lugar, y reflexionar sobre las presencias y ausencias de distintos actores en los diversos contextos donde lxs niñxs juegan a la pelota. Esto implicó revisar el modo de jugar pero también la tematización sobre los sujetos que la práctica deportiva incluye, como ocurrió al abordar campeonatos de mujeres y de fútbol adaptado. La ampliación de actores involucrados es una característica de la práctica futbolística dentro de este espacio de Educación Popular.

Además, este tipo de espacios ponen en juego apreciaciones 1) sobre la infancia -algo habitual en la práctica de deportes con niñxs (De Marziani, 2013)- y 2) de ellas, esto es, aquéllas que construyen sobre lo que las rodea: cómo se entienden las diferencias de género y edad, pero también la especificidad de sus entornos (qué implica jugar en el Merendero frente a otros espacios como el potrero del barrio). La exposición ante un público adulto en el barrio, que organiza el espacio de juego de manera adultocéntrica, se invierte en el Merendero, donde se apela a la integración a través de la mirada hacia el otro

y su reconocimiento en tanto jugador/a válidx, construyendo así tramas de amistades y compañerismo y abonando a una idea de “lo común” que da lugar a más actores (niñxs más pequeñxs, niñas, etc.).

El seguimiento del Taller debido a su permanencia a largo plazo también permite observar cómo se modifican los modos de trabajar en los espacios comunitarios, evaluando a cada momento qué estrategia tomar y qué actividades priorizar. Por ejemplo, cuándo apuntalar el intercambio intergeneracional y cuándo contribuir a la creación de espacios más íntimos que funcionen a modo de refugio y ámbitos de contención que lxs niñxs no encuentran en sus vidas cotidianas.

Por otro lado, el correr del tiempo también implica grandes cambios en las vidas de lxs niñxs: luego de seis años de Taller, lxs niñxs se vuelven adolescentes y éstxs, jóvenes adultxs. Incluso cambian los equipos de educadorxs y hasta el propio entorno barrial (expansión urbana, renovación de familias, etc.). Tener un taller a largo plazo les brinda a lxs chicxs la posibilidad de proyectarse a ellxs mismxs dentro del espacio, algo que no era usual al inicio del Merendero en 2008, e incluso en otros entornos. Más que un juego, el fútbol resultó ser una manera de sociabilizar y de habitar espacios más o menos familiares, disputando viejas ideas (y estigmas) sobre el ocio de las infancias pobres y los lugares que éstas deben o no transitar (por ejemplo, su presencia en las calles y el riesgo de la “mala junta”).

Dado que la sistematización de las prácticas concretas de las experiencias comunitarias territoriales aún requiere de desarrollo, esta apertura a su cotidianeidad, que además abarca varios años de existencia, se inserta en la búsqueda por registrar repertorios de acción que pueden incluso compartirse con otros espacios más o menos institucionalizados. Los estudios sobre prácticas deportivas “infantiles” suelen registrar instituciones tradicionales, prácticas que oscilan entre el amateurismo y la profesionalidad o la propia experiencia en la escuela, sobre todo en el campo de la Educación Física. Situar al juego en cada contexto específico permite apreciar no sólo dinámicas deportivas sino su inserción social y su anclaje a las experiencias que lo enmarcan (biográficas y colectivas). La pelota rueda en muchas canchas, pero no siempre de igual modo. Este breve trabajo corrió tras ella en una de las múltiples canchas que las niñeces populares patean.

Referencias bibliográficas

- Archetti, E. (2005). El deporte en Argentina (1914-1983). *Trabajo y Sociedad*, VI(7), 1-30.
- Besnier, N., Brownel, & Carter, T. (2018). *Antropología del deporte. Emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. Siglo XXI.
- Carreras, S. (2005). ‘Hay que salvar en la cuna el porvenir de la patria en peligro...’. *Infancia y cuestión social en Argentina (1870-1920)*. En B. Potthast & S. Carreras (Eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*. Iberoamericana/Vervuert.
- Castillo, N. M., & Colmenares, A. M. (2017). Contrato pedagógico: Imaginario social en la práctica democrática evaluativa. *Praxis pedagógica.*, 20, 39-62.



Cordero Arce, M. (2013). Hacia un discurso emancipador de los derechos de las niñas y los niños [Http://purl.org/dc/dcmitype/Text, Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea]. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=186710>

De Marziani, F. (2013). El fútbol infantil: Entre la inclusión y la exclusión social. *Memoria Académica*, 2-9.

Duek, C., & Enriz, N. (2011). El juego contemporáneo: Prácticas, representaciones y significados. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=progra&d=Jpp7340>

Fernandez Vaz, A. (2015). Juegos y deportes: Desafíos para la Educación Física. En E. Galak & E. Gambarotta (Eds.), *Cuerpo, educación, política. Tensiones epistémicas, históricas y prácticas*. (pp. 129-139). Biblos.

Karsenti, B. (2021). Técnicas del cuerpo y normas sociales: De Mauss a Leroi Gourhan. *Impetus- Educación física, recreación y deporte.*, 7(1), 79-84.

Levoratti, A., & Moreira, V. (Eds.). (2016). *Deporte, cultura y sociedad. Estudios socio-antropológicos en Argentina*. Teseo.

Liebel, M. (2020). *Infancias dignas, o cómo descolonizarse*. Editorial El colectivo.

Mauss, M. (1996). Las técnicas del cuerpo [1934]. En J. Crary & S. Kwinter (Eds.), *Incorporaciones* (pp. 285-407). Cátedra.

Morales, S., & Magistris, G. (Eds.). (2018). *Niñez en movimiento. Del Adultocentrismo a la emancipación*. Chirimbote y El Colectivo.

Morales, S., & Magistris, G. (2023). Reinventar la política desde una perspectiva niña. En *Reinventar el mundo con las niñas. Del adultocentrismo a las perspectivas niñas*. (pp. 13-42). Chirimbote / Ternura Revelde.

Morales, S., & Shabel, P. (2021). Entretejiendo pedagogías decoloniales y concepciones no eurocéntricas de niñez. El caso de la Escuela- Ayllu de Warisata. *Polifonías*, 18, Article 18.

Pigna, F., Pacheco, M., & Vázquez, M. (2022). *Brown. Una historia compartida*. Gonzalo Alexis Rielo.

Pons, M. C. (2010). Cuerpos sublimes: El deporte en la retórica de la «Nueva Argentina». En C. Soria, P. Cortés Rocca, & E. Dieleke (Eds.), *Políticas del sentimiento. El peronismo y la construcción de la Argentina moderna* (pp. 49-65). Prometeo Libros.

Raiter. (2022). *Deporte, ciudadanía y nación. Las sociedades de tiro en Argentina, 1890-1920*. Prohistoria Ediciones.

Stagno, L. (2019). Una cultura juvenil callejera: Sociabilidades y vida cotidiana de varones jóvenes en la ciudad de La Plata (1937-1942). En P. Bontempo & A. Bisso (Eds.), *Infancias y juventudes en el siglo XX : política, instituciones estatales y sociabilidades*. (pp. 189-213). Teseo Press. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=libros&d=Jpm700>

Zulc, A. (2006). Antropología y Niñez: De la omisión a las 'culturas infantiles'. En G. Wilde & P. Schamber (Eds.), *Cultura, comunidades y procesos contemporáneos* (pp. 25-50). Editorial Sb.



Szulc, A., Guemureman, S., García Palacios, M., & Colángelo, M. A. (Eds.). (2023). *Niñez plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. Editorial El Colectivo.

Vincent, G., Lahire, B., & Thin, D. (2008). *Sobre la historia y la teoría de la forma escolar*. Presses Universitaires de Lyon.

